

Ágora

Importancia y necesidad de la metafísica según Ottonello

Félix Ruiz Nagore

Resumen

Ottonello reflexiona constructivamente sobre la importancia y la necesidad de la metafísica que urge al hombre a conocer quién es en sí, qué es el cosmos y quién es Dios. Su abandono lleva consigo la pérdida de las garantías para conocer y del sentido de la realidad. Es una reflexión constructiva que excluye el pesimismo puesto que Ottonello mantiene la creencia en las ideas y en la razón. Urge impulsar las categorías que expresan los modos fundamentales del ser del hombre. El resultado es una filosofía coherente y rigurosa que se interesa por todo lo divino y lo humano.

Abstract

Ottonello makes a constructive reflection about the importance and the need for a metaphysics that urges man to have a knowledge about himself, the cosmos and God. Abandoning such metaphysics implies losing the guarantees of knowledge and the loss of the sense of reality. It is a constructive reflection that excludes pessimism given that Ottonello maintains the credibility of ideas and reason. It is of pressing need to impel those categories that express the fundamental modes of the human being. The result is a coherent and rigorous philosophy that shows interest in everything that is divine and human.

Existe una filosofía que por su credibilidad y por su totalidad está capacitada para dotar al hombre y a la sociedad de fundamentos y principios básicos. Nos estamos refiriendo a la filosofía metafísica de Pier Paolo Ottonello, filósofo italiano, documentado y riguroso, y discípulo de Sciacca. En la actualidad, y desde hace muchos años, revaloriza la profunda reflexión filosófica de Sciacca. Además, con él se adquiere la convicción de que el hombre posee un conocimiento racional discursivo y un conocimiento místico intuitivo. Ambos hacen que el Creador esté más cercano a nosotros que bastantes criaturas, para decirlo al modo agustiniano.

Y ya entramos de lleno en el tema. Me apoyo en la filosofía de Ottonello para proclamar que bloquear la metafísica es «bloquear la inteligencia de mí mismo y de todo otro distinto de mí; no puedo ni reconocerme como yo, ni puedo reconocer al otro absoluto y las alteridades relativas¹». Estamos ante una rica doctrina que destaca con meticuloso cuidado el conocimiento de sí mismo como forma de «asumir la unidad absoluta de las indefinidas relaciones entre mi yo y la indefinida multiplicidad de los entes (...). Como ente cognoscente y autoconsciente, mi yo se manifiesta como una unidad dinámica, cuya dialéctica propia es la perfecta integración entre todo acto de determinación analítica y todo acto de determinación sintética²».

Los textos citados son una muestra representativa para medir la importancia y la necesidad de la metafísica, que urge al hombre a conocer de forma clara, sólida y cierta quién es en sí, qué es el cosmos y quién es Dios. A través de una ajustada conjunción entre complejidad y exigencia, Ottonello defiende que «la jerarquía objetiva de los entes está marcada por su fin: todo ente tiene como fin al hombre y el hombre tiene como fin a Dios³». En consecuencia, son las esclarecedoras ideas metafísicas las que pondrán condiciones aptas a la voluntad del ser humano para obrar libremente. En otros términos, el hombre, previamente a su obrar, precisa descubrir su núcleo unitario personal del que pende el sentido completo de su estar en el mundo. Y esta es la realidad: el hombre depende de la metafísica para conocer con garantía y plenitud, y para obrar con responsabilidad.

Según Ottonello el abandono de la trayectoria óptica lleva a la pérdida del sentido de realidades tan complejas como las que constituyen al hombre, así como a la desorientación por el desconocimiento del propio ser, que sólo puede ser revelado en su integridad recorriendo el camino metafísico que –como dice Ottonello– «es lo opuesto a lo absoluto e inamoviblemente determinado; sin embargo, es el foco amoroso del recrear perfectible de la inteligencia y de la libertad, a través del que se regeneran y fecundan la persona y la historia⁴».

¹ OTTONELLO, Pier Paolo: *L' oscuramento dell' interiorità*. Marsilio Editori, Venezia, 2005, p. 52.

² Op. cit., p. 16.

³ OTTONELLO, Pier Paolo: *Trattato della Paura*. Marsilio Editori, Venezia, 2003, p. 51.

⁴ *L' oscuramento dell' interiorità*, p. 18.

Por lo ya dicho se impone la necesidad de recuperar la metafísica para, además, contrarrestar la incoherencia y la disgregación originadas por la antimetafísica, que también impide el estudio investigador de aspectos eminentemente filosóficos como la formulación de juicios válidos que se sustentan en las propiedades del ser.

Asimismo la pregunta absoluta por el ser como totalidad necesita el fundamento de la metafísica. Y no es una pregunta de libre elección, sino imperiosa, que el hombre debe hacerse si desea ser. Con estas condiciones irrenunciables el ser humano menesteroso es punto de partida de la pregunta metafísica que conduce al descubrimiento de los límites de la naturaleza humana, la cual sólo puede encontrar la razón de su ser en el Ser Absoluto que, a su vez, puede ser investigado y conocido en sus atributos, en sus propiedades, en su esencia.

Como la pregunta metafísica recae sobre la totalidad del ser, Ottonello se adentra en la conciencia del hombre como conducto para el descubrimiento de la relación con el Creador. La honda calidad metafísica de este presupuesto queda reforzada y demostrada cuando expresa que el dinamismo de la interioridad es el de lo «finito autointeligente y autovalente en cuanto conocedor y amante de sí mismo como entendido-amado por el Absoluto⁵» o Dios viviente, en términos justos.

Ante la contemporánea «cultura» de lo efímero, Ottonello reacciona mediante reflexión minuciosa sobre fundamentales temas metafísicos, ya sean teístas, antropológicos, ontológicos, cosmológicos o culturales. Es un pensar cuyo signo es la trascendencia desde la más estricta objetividad que se extiende a todos los seres reales en su categoría *común* o *realísima*. Y «sólo —observa Ottonello— la unidad del ser contiene la realidad ontológica y, por lo tanto, el significado de toda diferencia entre ser y devenir, realidad y apariencia, unidad y multiplicidad, ente y ser⁶».

Por consiguiente, la metafísica es la investigación de las razones supremas del conocimiento tanto de la persona como de Dios y de todo lo existente. Está presente, en definitiva, un caudal de preguntas que ofrecen la posibilidad de explorar los encadenados *por qué* que no pueden disimular la angustia, el desconocimiento, la inquietud y el miedo del hombre. También el gozo, la lucidez, la concor-

⁵ Op. cit., p. 17.

⁶ OTTONELLO, Pier Paolo: *Saggi rosminiani*. Marsilio Editori, Venezia, 2005, p. 36.

dia, el descanso y la luz. La metafísica, pues, es el despliegue de todas las preguntas que permiten al hombre llegar a la convicción de que puede tender hacia un futuro promisorio que con anterioridad le intimidaba.

Y cabe hacer ya la siguiente recapitulación: el hombre tiene necesidad de la metafísica para llegar a conocimientos firmes, inequívocos, claros. En caso de su ausencia el hombre no es capaz de conducir su propia vida de modo estimulante, cabal y justo. De otro modo, el hombre no sólo puede elaborar una metafísica, sino que la necesita imperiosamente. Pero cuando se habla de la inutilidad de la metafísica sólo queda la perplejidad en todo discurso. La etapa inmediata es la cosificación que sustituye a las ideas; nada hay, pues, que pueda tener categoría de inamovible ni fuerza suficiente para imponerse. En este sentido hay que destacar el cínico comportamiento de quienes defienden la validez de todo razonamiento dejando de lado su constitución, su contenido y su desarrollo. Todo es igual, todo da igual, porque todo es cosa.

En definitiva, ¿qué otra situación cabe esperar si los valores metafísicos, firmes y absolutos, han quedado desplazados por valores relativos y débiles? Es la «cultura» (ahora a todo se llama cultura) que Ottonello certeramente denomina *facilismo*, «que es lo propio de las sociedades y de las épocas en decadencia que emplean sus mejores energías para desentenderse de los valores más sustanciales⁷». Hay, por consiguiente, compromiso fácil, dinero fácil, aprendizaje escolar fácil, moral fácil, vida fácil, amor fácil, placer fácil, etc. Todo ello, por supuesto, sin método, sin análisis, sin contenido. Ya se encargan «los medios de comunicación, que son el “logos” prevalente, con frecuencia alógico o antilógico⁸», de inculturizar a las masas.

El analfabetismo metafísico, definición exacta de Ottonello, ha insistido con deplorable obcecación en el confusionismo total por la mezcla de cultura, política, bienestar y arbitrariedad⁹. En este contexto nadie defiende los intereses colectivos, pero todos son conscientes de las consecuencias de estos desaprensivos comportamientos. Prevalece, por tanto, una permanente actitud reduccionista a la que nada importan los contrasentidos y las contradicciones. La debilidad moral y espiritual de la sociedad contemporánea son su fiel reflejo.

⁷ Op. cit., p. 12.

⁸ Op. cit., p. 37.

⁹ Op. cit., p. 27.

Los argumentos de Ottonello llevan consigo la fuerza de la demostración filosófica que sirve para comprobar la verdad de una acción creativa tan sorprendente que origina seres de la nada, es decir, sin sujeto o materia preexistente. La fascinación se apodera del hombre cuando descubre que Dios, Causa Primera, crea por un acto de libre voluntad. Y es que –como expone Ottonello– «todo ente es en cuanto creado: el crear es el significado fundante; todo ente significa en cuanto re-creado como símbolo. La negación del simbolismo como libre determinación del entender, genera todas las formas de negación. La negación radical es radical veleidad destructiva y real autodestrucción: divide los entes antes de distinguirlos relacionándolos¹⁰».

Si consideramos la creación como acto interno de la voluntad divina, nos encontramos con el soporte amoroso de Dios, horizonte para marcar las diferencias ontológicas entre el Ente por sí y el ente por otro, lo necesario y lo contingente, lo infinito y lo finito. Ottonello apunta que «el Amor crea y recrea: de la nada al ser, de la decadencia a la perfección, es don de todo bien, de toda posibilidad y de toda realidad, de inteligencia y libertad¹¹». Estas palabras descubren hasta qué punto interesa un pensamiento que basa en Dios-Creador los principios metafísicos del ser, de la conducta, de la perfección y del conocimiento crítico de manera que queda colmado cualquier vacío de la existencia humana. Es más, esta presencia del Creador actúa como revulsivo que empuja a la criatura a desarrollarse en su integralidad. Ciertamente esta es una de las facetas metafísicas más determinantes con capacidad para plantear el sentido de la perfección, así como la justificación y el significado del progreso.

El principio de esta relación (Dios-criaturas) implica el reconocimiento de la interioridad como lo propio del hombre, como su estado connatural, que llega a tocar el alma en su regreso a sí misma. El hombre no debe sólo reconocer esta realidad privilegiada sino que le debe conceder la máxima importancia para extraer pleno conocimiento. Edith Stein, al comentar a san Agustín, muestra el cuadro completo de esta esencial realidad: «Por irrefutablemente que sea para san Agustín el hecho del propio ser, aún es más cierto el hecho del ser eterno que se halla tras ese frágil ser propio. Esta es la verdad que se encuentra cuando se llega hasta el fondo en el propio in-

¹⁰ *Trattato della Paura*, pp. 67-68.

¹¹ *Op. cit.*, p. 83.

terior. Cuando el alma se conoce a sí misma, reconoce a Dios dentro de ella (*De Trinitate*, X, 56)¹².

Ottonello atribuye a la interioridad la labor de «crisol de lo positivo y de lo negativo, de mi enriquecimiento y de mi empobrecimiento¹³». Y sus buenas condiciones analíticas le llevan a conseguir un vuelo mayor ligado al dinamismo de la interioridad. Así tenemos precisa identificación de la actividad que rige el comportamiento de esta singularidad humana. «*La dinámica* –recalca Ottonello– *de la interioridad es, en efecto, su actuarse perpetuo en su totalidad*, de suerte que todo el elemento que la constituye se actúa perfectamente en sí y en relación con los otros. *Perfección y totalidad* son, por tanto, a la vez, su horizonte, su fin y su fuerza propulsora¹⁴. La certidumbre que acompaña a estos principios queda fortalecida por el pensamiento de san Agustín como inmersión en la realidad humana: «Recuerdo tener memoria, entendimiento y voluntad; entendiendo entender, querer y recordar, y quiero querer, recordar y entender¹⁵».

Las posiciones postfilosóficas, postculturales y postpolíticas –tal como precisa Ottonello¹⁶–, que desnuden la cultura contemporánea, se instalan en la búsqueda del más mínimo pretexto para desestabilizar el equilibrio interior del hombre. De esta manera adquiere importancia fundamental la interioridad en su sentido más preciso, según formulación del filósofo italiano: «La interioridad es concebible como la unidad de los principios que regulan el orden más o menos imperfecto de mis determinaciones externas accesibles a otro distinto de mí¹⁷». Hay, por consiguiente, una intrínseca relación interior de máxima unión, cercanía y compromiso con Dios y con los demás dentro del alma. En este fondo se coloca la idea central y concluyente de Ottonello: «La interioridad es el reconocermelo como relación con el otro; comienza desde la reflexión entre mi inmediatez y el otro desde la suya. Me reconozco como yo, a la vez siempre idéntico por sí y siempre diverso por la multiplicidad de mi ser en acto¹⁸».

¹² STEIN, Edith: *Escritos antropológicos y pedagógicos*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2003, *Obras Completas*, vol. IV, p. 572.

¹³ *L' oscuramento dell' interiorità*, p. 40.

¹⁴ Op. cit., p. 41.

¹⁵ SAN AGUSTÍN: *De Trinitate*, X, 11, 18.

¹⁶ OTTONELLO, Pier Paolo: *Antiaccademici e maledetti*. Marsilio Editori, Venezia, 2004, p. 141.

¹⁷ *Trattato della Paura*, p. 48.

¹⁸ *L' oscuramento dell' interiorità*, p. 51.

Si tenemos en cuenta estas últimas referencias de Ottonello comprobamos que nos llevan por sí solas a la reafirmación necesaria de los imperativos metafísico-morales, que no pueden ser negados sistemáticamente porque al hombre urge la solución de tantos problemas que, vistos en su conjunto, superan en número y gravedad a los problemas de otras épocas. A estas cuestiones une el desenmascaramiento de ciertos tipos de humanismos contemporáneos que ni responden a la naturaleza humana ni significan una progresiva realización efectiva a través del Amor que no actúa de forma abstracta ni es arrogante, sino directo y comprensible. Ottonello, consciente del sentido del amor, estima que el «querer siempre y sólo el Bien, es óptimo para uno mismo y para la entera creación; si amarse no es esto es sólo un peligrosísimo autoengaño y una mentira que recae inevitablemente sobre todo lo que me rodea¹⁹». Pero lo que aún resulta más atrayente es la siguiente derivación inspirada directamente en la filosofía de Ottonello: cuando falta el amor no hay garantía de que la relación de convivencia pueda superar el carácter de cortesía, muy poca cosa cuando hablamos de una realidad que anida en la interioridad constitutiva del hombre.

El amor no puede ser reemplazado por sucedáneos «culturales», también iconos que en realidad encubren objetivos que son contradictorios por la realidad de cada día. Y es que lo real y lo ficticio no son buenos aliados para reflexionar sobre uno de los aspectos más fundamentales para el hombre como lo es el amor, que tiene la virtud de esclarecer otros sentimientos muy comunes en nuestros días como la ira, el odio y el abuso. La labor del amor, por lo tanto, es tremendamente creativa. Ottonello, con su mente repleta de ideas, ofrece a la sociedad un amor que sustenta una vida ajena al miedo y a la intolerancia porque «el amor es la coherencia del re-crear, y el odio es la coherencia del anulamiento, la coherencia de la incoherencia²⁰».

Al indudable interés de la interioridad se une el no menos interesante tema de la soledad, que constituye además otro aspecto muy fértil y revelador de la misma interioridad. Es justamente lo que defiende Ottonello: «Quiero y busco la soledad como esencial enriquecimiento de mi interioridad, de mí mismo; si huyo de ella y en cuanto me alejo, desciendo y me precipito en el aislamiento, que es fuga de mí mismo, cuya consecuencia es la disolución de los otros²¹».

¹⁹ *Tratatto della Paura*, p. 89.

²⁰ Op. cit., p. 35.

²¹ *L'oscuramento dell' interiorità*, p. 29.

Desde estas consideraciones podemos reconocer en la interioridad el camino ascensional hacia Dios y la puerta abierta hacia la comprensión de todo ser creado.

Ha de notarse que Ottonello plantea la soledad como «el centro de la interioridad» y «como la posibilidad y la libertad de las indefinidas relaciones con el Ser y con los otros²²». Emerge aquí el fuerte interés por la soledad interiorizada que establece nuevas formas de relación con los otros como presentes. Por tales motivos, una soledad que responde a la variedad de posibilidades que se le presentan al hombre, es en verdad un estimulante punto de partida para querer y buscar «la soledad, puntualiza Ottonello, como esencial enriquecimiento de mi interioridad, de mí mismo; y en la medida en que me alejo, bajo y me precipito en el aislamiento, que es fuga de mí mismo (...) y odio de la soledad²³», cuya importancia, además, depende de que esté exenta de desequilibrios e inmersa en la realidad natural.

Todo ello pone de manifiesto que existe un notable incremento de opciones presentes en la conciencia del sujeto. Semejante concepción conserva en sí misma la decisión de anular o derribar los obstáculos que impidan la referencia explícita a Dios. En consecuencia, la soledad, fundada metafísicamente por Ottonello²⁴, evoca y conecta con la soledad mística de san Juan de la Cruz, propia de un nivel superior en el que la persona está en el mundo, pero se reedifica como experiencia en una dimensión inalcanzable desde la sola contingencia. Por consiguiente hay que manifestar que la soledad sanjuanista es interiorizada y cumple un papel esencial en el mundo místico. Estamos ante una soledad atenta a la comunicación y a la presencia del diálogo repleto de símbolos de lo inefable. Mística experiencia e intuiciones espirituales que no son fines en sí mismos sino trayecto hacia Dios. Los atajos ni valen ni cuentan porque ciegan el paso a la hondura del alma. No es, por tanto, una soledad nacida del egoísmo, sino una opción esperanzadora y legítima. No resulta extraño que esta clase de esperanza viva y se desarrolle en el amor que está en la dirección, limpia y clara, de la caridad cristiana. No hay lugar para el individualismo porque se piensa en los demás. Se obra para ellos y se rompe cualquier impedimento; de no ser así se crean situaciones sobrecogedoras por la fortaleza destructora del

²² Op. cit., p. 52.

²³ Op. cit., p. 58.

²⁴ Véase el imprescindible libro de OTTONELLO: *Ontologia e mistica*. Marsilio Editori, Venezia, 2002.

egoísmo que tiene, además, una intensa tendencia hacia la penuria moral. De ahí la trampa del individualismo egoísta convertido actualmente en centro del obrar humano. Ottonello hace una acabada síntesis de esta situación: «La primera víctima es la persona misma que se reduce o es reducida a escombros de confusiones²⁵».

Bajo la hegemonía contemporánea del individualismo se ha producido el mayor ataque a los valores absolutos. Con inmensa desolación hay que constatar que el individualismo ha pasado a ser el elemento determinante de todo valor; él es quien decide la existencia o la inexistencia de la bondad o de la maldad, el mantenimiento o la eliminación de los valores. Ahora bien, ¿puede ser rehabilitado un valor en estas circunstancias? Sí, pero a condición de que provenga de la voluntad de cada individuo.

Ahora bien, los valores absolutos no dependen del tiempo ni del espacio; su valor es objetivo en cuanto poseen una validez ontológica y, también, son ajenos a la subjetividad, al sinsentido, a la incoherencia y al arbitrio de la conveniencia subjetiva tanto personal como social. En efecto, «sin principios objetivos –reclama Ottonello– es imposible todo gobierno: de mí mismo como sociedad primera –entre mi subjetividad y la objetividad del Principio– y de toda la sociedad, desde la microsociedad a la del género humano. La ingobernabilidad deriva esencialmente de la subjetivización de los fines y de las relaciones medios-fin²⁶».

Ottonello también afianza los principios objetivos asentándolos en «su propio ámbito: la interioridad como dignidad metafísica²⁷». Si no son así entonces no son de ninguna manera. Asunto estrechamente unido a un tema de singular magnitud como es la dignidad metafísica del hombre, que si se tiene presente evitará la depauperación del propio ser y el ahogo de toda esperanza. A partir de ahí el hombre está capacitado para mantener firme independencia moral frente a los lemas relativistas. El hombre, pues, debe retener la propia excelencia haciendo innegociable su código de valores. Ottonello, perspicaz testigo, reacciona ante el pesimismo antimetafísico mediante la defensa de la importancia específica de la dignidad metafísica que «constituye al hombre como tal, le es esencial; a su dignidad corresponden sus derechos constitutivos²⁸». Inicialmente la

²⁵ *L'oscuramento dell' interiorità*, p. 81.

²⁶ *Tratato della Paura*, p. 46.

²⁷ Op. cit., p. 48.

²⁸ Op. cit., p. 51.

dignidad humana sólo se explica si el hombre es consciente de su origen, que es pauta referencial. A partir de ahí el hombre debe seguir el camino despejado por el bien que es el ser por el mero hecho de su existencia. Esto supone en todo caso –como explica Ottonello– que «dignidad significa ante todo que es mejor que un ente sea a que no sea. La medida de la dignidad es la medida del ser; dignidad absoluta del Ser absoluto; relativa la de los entes; todo ente es gracias al Ser y perdura substancialmente marcado por su significado, que es el Ser mismo como su Principio y su Fin²⁹».

Otra cuestión a la que se refiere Ottonello es la inquietante confusión derivada de la reducción de la inteligencia metafísica a sistema de la estupidez que produce los siguientes engendros: «La teología se reduce a antropología, la antropología a psicología, la psicología a biología, la biología a química, la química a física, como matematización, las matemáticas a técnicas de cálculo, la política a economía, la economía a juegos del poder, todas las ciencias a lenguajes estadísticos, el lenguaje a juego nominalista, la libertad al arbitrio de no castigar sino de estimular, la felicidad a juegos de lo efímero, el bien común a sistemas de connivencia, la paz al prolongamiento indeterminado de los reductivismos y de las confusiones sistemáticamente normalizadas. Su éxito coherentemente necesario es la destrucción en cadena³⁰».

Todo esto sucede, remarca Ottonello, «después de que el Occidente ha completado un proceso de historicismo e inmanentismo, es decir, después de que ha eliminado la dimensión de la eternidad y de la Providencia (...). Todo ello ha finalizado con la pérdida del sentido mismo de la persona, del tiempo y de la historia³¹». La sociedad contemporánea, singularmente la occidental, está anesesiada por el plácido disfrute del bienestar y, por lo tanto, se halla incapacitada para la protesta, para la disconformidad y para la rectificación. Reencontrar, reconstruir e integrar el sentido de la historia sólo es posible mediante el pensamiento de la concepción tradicional de la persona. Por esta razón Ottonello contraataca desplegando una amplia antropología como base de vida en plenitud y como encuentro personal con el Tú divino. Las múltiples posibilidades de transformación están centradas en torno al propio valor interior mediante la comunicación con Dios. En todo caso se trata de la expre-

²⁹ Id. *ibid.*

³⁰ *L'oscuramento dell' interiorità*, pp. 80-81.

³¹ *Antiaccademici e maledetti*, p. 11.

sión de un pensamiento fundamental –el de Ottonello– que destaca particularmente la idea de que «sólo en la sociedad dialogante de la interioridad puedo descubrir y reconocer al otro de mí y en relación con el otro a mí mismo³²».

Con todo lo ya dicho sobre la sociedad contemporánea a nadie debe extrañar el pavor que provoca la soledad que, sin embargo, no es en sí misma ni angustia, ni desolación, ni aislamiento agobiante. Es más, la soledad es la ocasión para el propio fortalecimiento y, a la vez, para la comunicación efectiva. Con este enfoque se elimina la distancia que cierra el paso al conocimiento mutuo capaz de trascender la desoladora incomunicación. Si no fuera así desaparecería el hombre sosegado.

Desde la argumentación Ottonello demuestra que la realidad de sus reflexiones resulta fácil de comprender desde la interioridad metafísica como ámbito de principios objetivos³³. Igualmente es una actitud positivamente constructiva, puesto que está en conformidad con el ser integral del hombre. Y el descubrimiento de esta humanidad es de naturaleza metafísica que también enlaza con la Buena Nueva cristiana. En esta tarea está empeñado Ottonello siguiendo las huellas humanas en el proyecto divino de la creación; este es su compromiso y en esto radica su esencial diferencia con la trayectoria constitutiva de la modernidad representada por el nominalismo, el empirismo, el relativismo y el nihilismo³⁴.

A modo de epílogo: Ottonello antepone su libertad de pensamiento a la tiranía de las modas y a la arbitrariedad del mercado «cultural». Él trata de problemas universales y personales, temporales y atemporales. Son las señas distintivas de la Escuela Sciacana. Ottonello representa además el esfuerzo máximo seguido de resultados consistentes para el conocimiento, explicación y fundamentación desde la Primera Causa del hombre y del mundo con sus peculiares estructuras ópticas. Asimismo su lenguaje filosófico transmite con viveza las consecuencias desoladoras a causa de la deconstrucción de la metafísica. Y yerra quien crea que Ottonello es pesimista. Y no puede serlo porque cree en las ideas y en la razón como bases fundamentales para la victoria sobre el nihilismo, responsable directo del reduccionismo, de la confusión y del caos contemporáneos. Todo ello desde la metafísica que se pregunta por el sentido último

³² *L'oscuramento dell' interiorità*, p. 57.

³³ *Tratatto della Paura*, p. 48.

³⁴ *Antiaccademici e maledetti*, p. 131.

de los valores, es decir, se pregunta qué vale algo últimamente y cómo son el ser y el valor o bien.

Aplicando a Ottonello ideas tuyas diré que él no es esclavo del pasado, ni del presente, ni del futuro, puesto que rechaza todo concepto y pensamiento de cualquier época que choque con su compromiso metafísico³⁵, ajeno a la nostalgia. Y deja su huella y su personalidad en la filosofía metafísica haciéndose merecedor del justo reconocimiento de su pensamiento sabio. En consecuencia, lo urgente no es adaptarse a las modas ni discutir lo ya discutido y demostrado, sino impulsar las categorías que, desde Aristóteles, expresan los distintos modos de ser, es decir, los modos fundamentales de ser del ente. Y santo Tomás de Aquino ya justificó la interna necesidad de las categorías.

También conviene recordar la contribución de Kant: las categorías son conceptos puros que generan el conocimiento objetivo y la formulación de leyes universales, necesarias y completas. Ottonello, además, profundiza en los temas medulares de la metafísica que nunca ha necesitado de fetiches ornamentales sólo válidos para reducir al absurdo la existencia humana. Más aún, el valor de la filosofía de Ottonello descansa en los asuntos cruciales tratados que dan lugar a una visión de la realidad muy ajena a lo convencional sugerido o impuesto.

Noviembre de 2006

Félix Ruiz Nagore
Sociedad Internacional Archipiélago

³⁵ *Tratatto della Paura*, p. 39.